

LECCION
DEL DOS DE MAYO
DE 1808

MMXXII

LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1.808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO
VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUER-
TOS EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR
EL CAPITÁN DEL ARMA:

D. ADRIÁN GARCÍA SALORT

AÑO



2022

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería

“Esta lección del dos de mayo de 2022 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Adrián García Salort, en el acto presidido por el Teniente General, Inspector General del Ejército, Excmo. Sr. D. Manuel Busquier Sáez, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”



Excelentísimo Señor General Jefe de la Inspección General del Ejército, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades, Señores Oficiales, Suboficiales, Artilleros, señoras y señores.

Es un auténtico honor poder dirigirme a todos ustedes desde este incomparable marco, para conmemorar lo que fue una gran demostración de la fuerza infranqueable que supone la unión entre el pueblo español y su Ejército.

El último mandato del Decreto de la Regencia del 7 de julio de 1812, establece que: “todos los años se haga un elogio de los Capitanes (Daoíz y Velarde) ante los Caballeros Cadetes, a fin de estimularles a imitar su ejemplo, mostrándoles el camino que deben seguir para hacerse dignos de la honrosa profesión de defensores de la Patria”.

Para cumplir lo ordenado, no me ceñiré únicamente a un simple relato de sucesivos acontecimientos históricos

sobradamente conocidos por la mayoría de los aquí presentes, sino que pretendo, fundamentalmente, resaltar el heroico ejemplo de la actuación de dos Capitanes de Artillería, los cuales demostraron, como iremos viendo, una gran lealtad, espíritu de sacrificio, valor, capacidad de decisión y ardiente patriotismo.

Empezaré por acercarlos de manera muy breve a la biografía de estos dos artilleros:

D. Luis Daoíz y Torres, nace en Sevilla en 1767 y en 1782 ingresa en el Real Colegio de Artillería. Como Cadete demuestra destreza con las armas, aptitud para el esfuerzo físico, grandes dotes para el estudio y dominio de los idiomas. Apenas promovido a su primer empleo participa en las defensas de Ceuta y de Orán. Posteriormente toma parte en la campaña del Rosellón donde cae prisionero y tiene la ocasión de combatir al mando de una lancha cañonera contra la Armada de Nelson, que bloqueó Cádiz en el año 1797. En mayo de 1808, se encuentra al mando del Parque de Artillería de Monteleón. Cuenta con 41

años de edad y conocimiento y experiencia suficiente como para ser consciente desde el primer momento de lo que ocurría a su alrededor y de cuál podría ser el devenir de los acontecimientos en ese 2 de mayo.

D. Pedro Velarde y Santillán nace en 1779 en Muriedas, Santander. En 1793 ingresa como Cadete en el Real Colegio de Artillería. Desde el primer momento se distingue por sus grandes dotes intelectuales y su gran pasión en las relaciones con sus compañeros y profesores. Fue nombrado Brigadier de la Compañía de Cadetes, equivalente actual a alumno galonista. Sus profesores vieron en él las virtudes necesarias en un líder. Tales eran sus magníficas dotes para el mando, que fue promovido al empleo de Capitán con tan solo 24 años. En 1801 participa en la Guerra de las Naranjas contra Portugal. Su competencia profesional le llevó a ser destinado tres años después al Real Colegio de Artillería como profesor, pasando posteriormente a ser destinado a la Junta Superior Facultativa del Cuerpo de Artillería en Madrid.

Los dos Capitanes aquí citados coincidieron, pues, en el año 1808, destinados ambos en Madrid, en una España tremendamente convulsa y en un momento clave de nuestra historia. Manuel Godoy, como primer ministro del Rey Carlos IV, acababa de firmar el Tratado de Fontainebleau, permitiendo la entrada y establecimiento de tropas francesas en España con el propósito de llevar a cabo la invasión de Portugal. El gobierno se hallaba en bancarrota económica y debilitado por el odio popular, eclesiástico y nobiliario contra el primer ministro. El motín de Aranjuez precipitó la caída de Godoy y obligó a Carlos IV a abdicar en su hijo Fernando VII. Napoleón llamó a ambos, padre e hijo a Bayona, donde quedaron virtualmente hechos prisioneros del Emperador.

Ante esta situación se empezó a fraguar lo que la historia ha dado en llamar la “confabulación de los artilleros”. Un plan de defensa en el que tomó parte Daoíz, reclutando a los confabulados, mientras Velarde se ocupó de la organización, evaluando las fuerzas y posibilidades españolas y estableciendo las líneas logísticas que apoyarían

el plan. Velarde en un acto de lealtad confió el plan al ministro de la guerra O´Farril, con el convencimiento de que lo apoyaría, pero éste, sin expresar su oposición, tomó las medidas oportunas para desbaratarlo.

Velarde contó a Daoíz lo ocurrido y éste sólo pudo decirle “Todo está perdido, pero tú y yo sacrificaremos la vida por la Patria”.

Nos encontramos en la mañana del 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se agolpa a las puertas del palacio real ante el rumor del traslado del Infante Francisco de Paula a Bayona. Sobre las diez de la mañana Murat decide reprimir a todos los allí presentes y envía sobre la multitud un destacamento que realiza, sin previo aviso, una descarga de fusilería contra las personas allí congregadas; comienza a correr la sangre del Dos de Mayo. En pocos minutos se conoce la noticia en todo Madrid, provocando la indignación y agitación popular. Centenares de madrileños se echan a la calle.

A la una de la tarde Madrid estaba sangrientamente pacificada, aunque se redoblaba

la lucha en el único lugar donde pudo organizarse una resistencia armada: el Parque de Artillería de Monteleón.

A primera hora de la mañana el Parque estaba cerrado y una tropa francesa lo guarnecía; en el interior un solo oficial español, D. Rafael Arango, y un pelotón de soldados. El pueblo grita enardecido pidiendo armas, el oficial espera la llegada del capitán Daoíz, primera autoridad del Parque. A su llegada trae la orden expresa de sus jefes de no hacer movimiento alguno con sus artilleros hasta nuevo aviso.

Velarde, enardecido por la lucha que contempla, se dirige al Cuartel del Voluntarios del Estado, donde solicita y obtiene una compañía de soldados de infantería, uno de cuyos oficiales era el teniente D. Jacinto Ruiz. A su llegada a Monteleón hallaron el Parque cerrado y custodiado por una compañía francesa, a la que Velarde, acertó a desarmar y encerrar en las caballerizas del Parque.

La guarnición española franqueó la entrada a la Compañía de Voluntarios. En ese

instante Daoíz preguntó a Velarde por qué hacía aquello, cuando sus órdenes eran otras, a lo que Velarde contestó, que las órdenes dadas no tenían ya valor atendiendo al estado en que se hallaba el pueblo.

Daoíz comenzaba su lucha particular, entre su conciencia y su corazón; la primera le decía que debía cumplir las órdenes, el segundo le empujaba como patriota a abrir las puertas del Parque al pueblo español.

Su meditada decisión fue su primer acto heroico. Al desenvainar la espada y gritar ¡Las armas para el pueblo!, admitía la muerte a cambio de salvar el HONOR DE LA PATRIA.

Entre aclamaciones de júbilo se abren las puertas y se reparten las armas. Pueblo y Ejército se funden en el Parque de Monte-león. Daoíz ordena a Arango que coloque cuatro piezas apuntando a la puerta principal. Velarde distribuye a los paisanos.

El Batallón de Granaderos de la Guardia Imperial avanza hacia el Parque, comienzan

a golpear la puerta con hachas y fusiles, obteniendo por respuesta una salva de las cuatro piezas que destroza las puertas y la columna enemiga. A continuación sitúan los cañones delante de la entrada, enfilando las avenidas del Parque. Varias veces intentaron los franceses el asalto, otras tantas fueron rechazados.

Por fin, mil quinientos franceses, al mando del ayudante de Murat, el General Lagrange, se enfrentan a los sesenta soldados del Parque. Los cañones no cesan de tronar hasta que la avalancha enemiga pisotea los cadáveres de los españoles.

Cerca de la una de la tarde, Velarde recibe un balazo que le atraviesa el corazón, causándole la muerte instantánea. Otra bala hiere a Daoíz en una pierna, pero apoyándose en un cañón continúa impartiendo órdenes hasta que termina el combate. Lagrange se aproxima a él increpándole por lo sucedido e insultándole, a lo que Daoíz, que a duras penas puede mantenerse en pie, responde con su sable hiriendo al general francés; acto seguido oficiales y granaderos cayeron sobre el

capitán español. Uno de ellos le asestó un bayonetazo por la espalda que le atravesó de lado a lado desplomándose el capitán mortalmente herido. Falleció cerca de las dos de la tarde.

La noticia de los hechos se propagó por toda la nación, comenzando de este modo una guerra sin cuartel al invasor. Las muestras de heroísmo de las que dieron prueba los españoles fueron tan numerosas que suscitaron la admiración de todo el mundo.

Mis últimas palabras han de ser para destacar aquellas virtudes que caracterizaron a nuestros héroes y deben quedar grabadas en nuestros corazones.

Lealtad, para obrar con franqueza y justicia, siendo consecuentes con los compromisos adquiridos con el pueblo español, con nuestros superiores, con nuestros compañeros, y por supuesto con nuestros subordinados.

Espíritu de sacrificio, que nos tiene que llevar a obrar siempre bien en cualquier

circunstancia anteponiendo el bien general de nuestra Patria, a nuestro egoísta bienestar.

Capacidad de decisión, elemento esencial de quien ejerce el Mando, para tomar las decisiones más acertadas en cualquier circunstancia, por complicada que ésta sea y por dolorosa que puedan ser las consecuencias de la decisión adoptada.

Y por último el patriotismo, entendiendo éste, como el espíritu de servicio hacia nuestro pueblo, no olvidando en ningún momento que somos servidores de la Patria y que nos debemos a ésta en cuerpo y alma hasta derramar la última gota de nuestra sangre si fuera preciso.

Estimados alumnos, finalizo esta lección diciéndoles que todas estas virtudes carecen de sentido si no aunamos a las mismas, como hicieron nuestros capitanes, los dos ingredientes necesarios para alcanzar la receta del éxito: la entereza moral y la fortaleza mental. Apuntalen los cimientos de ambas cualidades ya que,

como futuros cuadros de mando de nuestras Fuerzas Armadas, valdrán muy poco para el servicio si no son capaces de sobreponerse a las peores situaciones posibles a las que debe enfrentarse el ser humano, como aquellas que tuvieron lugar en aquella mañana del dos de mayo de hace doscientos catorce años y llevaron a la gloria a nuestros más insignes oficiales de artillería, los capitanes Daoíz y Velarde.

LAUS DEO

